



BIBLIOTECA

PQ 7297

I55

A8

V.2

Quedan asegurados los derechos conforme á la ley.

115701



AGERVO DE LITERATURA

## ASTUCIA

### CAPÍTULO I

El alcance del Bulldog. — Historia de Alejo Delgado, ó el Charro Acambareño.

Pues, señor, como íbamos diciendo, el Bulldog en fuerza de tanta pesquisa llegó á tener noticia de que los charros contrabandistas iban por el camino de las lajas y reservando sus planes á buena hora dió sus órdenes poniéndolos en planta sobre la marcha, calculando darles alcance en la cuesta consabida. Al pasar por S. Simón frente á una casucha de mala traza, suponiendo el Bandolón que su caballo había tropezado, le alzó la rienda diciendo recio para que lo oyeran los vecinos : — Alza salado, no te quedes atrás, avanza, y se reunió con su jefe dándole cuerazos y metiendo espuelas. Al tropel se puso tras de la puerta á observar un hombre que al escuchar aquellas palabras y conocer la voz, se puso su canana, tomó su carabina, y brincándole en pelo á su caballo, destapó cortando camino y en unos cuantos minutos les ganó la delantera y siguió á escape hasta alcanzar á sus amos, á los charros, la noticia fué tan violenta como la disposición del enemigo, la recibieron al empezar á subir una prolongada cuesta, aquel sitio era intransitable para poder dejar el camino y emboscar el hatajo, la noche estaba muy obscura, y era muy probable que alguna mula se desbarrancara; lo menos dilatarían las mulas cargadas media hora para subir, un cuarto de hora para bajar, y otro cuarto de hora para llegar á donde cortaba una vereda que conducía á su paradero, al puerto de salvamento; todo lo calculó Astucia y exclamó : — ¡Una hora!

¿por dónde calculas que vendrán en este momento los sabuesos? le preguntó al Galgo. — Señor, venían recio, y ahora empezarán á atravesar el pinal de la cruz chaparra. — Entonces ni á cuidado llega; á ver, cuatro hombres con sus hachas y montados; Charro, véte arreando á buen paso, Pepe, acompáñame, Simón y el Chango que nos esperen en la cumbre con ocho ó diez reatas sueltas, las estacas de jatear y sus mazos, y todos los demás vayan aviando, cuando lleguen á las escobas, cortan para el paradero y me mandan al Sultán; en marcha. Diciendo y haciendo, conforme mandaba era obedecido. — Retrocede, Galgo, ¿traes cartuchos? — Sí, señor, tres paradas. — Con ésas basta, adelántate á encontrarlos á toda prisa, suelta el hilo á ese pixtle, y en cuanto los columbres te emboscas á un ladito del camino y les empiezas á echar guasca para contenerlos y avisarnos por dónde vienen, y así que te suelte un tiro de este lado, te escabulles y no paras hasta tu casa, me los dejas venir no sin silbarles para torearlos. Partió á escape el Galgo, y Astucia tras él con Pepe y los cuatro arrieros al galope, de repente se oyó un tiro no muy distante y le respondieron otra porción; sentó Astucia su caballo y se volvió paso á paso, en el paraje más á propósito por su estrechez dijo: — Abajo ese ocote y que caiga para este lado, con dos basta, vds. otros tiren éste del frente. En unos cuantos minutos cayeron aquellos árboles y cubrieron el camino, sacó una pistola y la descargó, se oyeron los silbidos burlescos, y el fuego continuado cesó. — Ya ganamos más de un cuarto de hora, y conque los detengamos aquí otro poco, no nos llegan completos á la cumbre, vámonos, presta tu caballo, Muerto, quédate con tu carabina, chíflales el malcriado y báteles el cobre, les echas tres ó cuatro tiros y te largas cortando cerro para la cumbre, allí te esperamos, y partieron al trote.

El Bulldog al primer tiro del Galgo avanzando mandó echar su gente á pie, y, posesionados de los árboles y peñas, tiraban todos á discreción sin saber á quién ni á cuántos, y al ver que suspendieron sus tiros y silbaban, creyó que habían huído abandonando el punto, por lo que tomando mil precauciones fué avanzando con su gente poco á poco para aquel sitio, ya había pasado cuando oyó silbar al Muerto, creyó que iban muy

cerca y apretó el paso, de repente les zumbó una bala, el tiro salió de un punto cerca, y gritó lleno de rabia: — ¡Ahí van! ¡ahí van! sobre ellos ¡ viva el resguardo! y seguido de los suyos se precipitaron sobre los árboles caídos, otros dos ó tres tiros los hicieron retroceder y volver á sostener más fuego, no cabía duda de que el enemigo estaba cerca y mucho más procuraron emboscarse, el Muerto les tiró otros tres tiros por distintas direcciones, y se retiró velozmente. En la cumbre encontró Astucia al Sultán que empezó á hacerle fiestas — Bueno, bueno, exclamó, ya están ensalvo, veremos si quiere el Bulldog seguir rastreando, lo haremos ventear con las narices á él y todos sus cachorrillos.

En el segundo punto de defensa se dilató más el Bulldog, después de estar tirando para los árboles caídos, se determinó á avanzar cuando pasado mucho tiempo no volvieron á contestar sus tiros, encontrándose con que era necesario descombrar el paso para tener lista su retirada: ya iba á desistir de la empresa temeroso de que le pusieran alguna emboscada á media cuesta, pero recibió un refuerzo de otros diez hombres y ya con ese número se empeñó en perseguirlos hasta alcanzar á los charros, entre todos desviaron aquellos palos y también dilataron bastante, inventó poner una guerrilla que fuera por delante tirando tiros para ver si los contestaban, y eso sirvió para anunciar su camino.

Luego que Astucia los vió comenzar á subir la cuesta, continuó su retirada dejando á dos de á pie que silbaran y azotaran á los palos y fingieran arrear muy afanosos, con orden de que cuando estuvieran á media cuesta se adelantaran á hacer igual operación á media bajada, y adonde le fué pareciendo, le dijo á Reflexión y al Chango: Clava una estaca aquí, tú allí, tiemplan bien una reata, y unas más altas y otras más bajas, colocó en lo más plano y pendiente, nueve reatas en distancias proporcionadas; ahora váyanse á la cumbre á torearlos y se ocultan para venir después recogiendo reatas, estacas y cuanto se encuentren, menos hombres porque ya me fastidia pagar curaciones.

Mandó á los dos restantes ocultarse á gran distancia teniendo los caballos de los cuatro que estaban de fatiga, previno su

reata ocultándose al pie de la cuesta, y Pepe su mosquetón, situándose frente á un recodo, los exploradores oyeron indistintamente los gritos de : alza pachorra, arriba Dama, y acompañaban con voces sendos tapojazos, suspendieron sus tiros y esperaron la fuerza. — Ahí van ahorita, mi jefe, dijo uno de los de la guerrilla, oiga vd., oiga vd. — Anda, Pingajosa, arriba, arriba Currutaca, y más tapojazos y silbidos. — Vamos más espacio, dijo el Bulldog para cargarles á media cuesta y que no se nos escapen, ó los pillamos, ó ruedan las mulas con todo y carga, y de cualquiera manera el triunfo es seguro, vayan dando resuello, empuñen sus lanzas, y cuando yo mande avanzar, cada cual procure agarrar lo que pueda, desde ahora les cedo lo que avancen, silencio y al tranco, que ahora sí no se nos escapan.

Llegaron á la cumbre y oyeron los gritos y tapojazos á media bajada, no cabía duda de que estaban como el Bulldog se lo había figurado, y alentando á los suyos les dijo : — Muchachos, ¡ viva el resguardo! un fuerte empuje y los acabamos, al que primero llegué al plano y les corte el atajo, le doy dos onzas; avancen, y disparó su caballo, los más que le seguían se precipitaron ansiosos, el jefe contuvo las riendas, y con pretexto de hacer entrar á todos volvió con espada en mano obligándolos á partir; los más atrevidos fueron los primeros en rodar, unos caían con todo y caballo, otros en las trastrabilladas se desprendían de la silla : los últimos, que veían caer á sus compañeros, ignorando la causa, creyeron que era una emboscada y cada cual fué procurando salvar el pellejo, desperdigándose, dejándose desbarrancar ó como podían, separándose de la bajada ; unas reatas fueron reventadas, otras quedaban tan flojas que ya no surtían efecto, algunas estacas se troncharon ó chisparon, los caídos, luego procuraban á gatas ó arrastrándose evitar las trilladas de sus compañeros, y siete ú ocho caballos al verse libres, seguían dándose golpes en las últimas reatas. El Bulldog estaba furioso, oyó los gritos y silbidos en el plano, se supuso que allí estarían los suyos, y engolfado en su triunfo arrancó furioso, aun faltaba una reata, el caballo la sintió á buen tiempo y pegó un fuerte brinco para salvarla, no esperaba el jinete semejante movimiento, perdió los estribos y por aga-

rrarse soltó la espada, abandonó las riendas y se afianzó con las dos manos de la cabeza de la silla, todo encogido y asustado, buscaba en vano las riendas, enredándole los dedos en las crines flotantes del caballo, y en esta disposición pasó como una exhalación por medio de Astucia y Pepe, el primero le tendió un lazo al caballo y amarró diciendo : — Que Dios lo perdone, y le dió tal potreada que fué á dar boca abajo el jinete seis ú ocho varas, cayendo de cabeza en unos matorrales quedando atarantado del golpe, se reanimó un tanto, se paró precipitado y con el primero que se encontró fué con Pepe que presentándole su mosquetón al pecho, no lo dejó ni hablar. — Estoy dado, fué lo único que pudo decir con voz balbuciente, cuando acercándose Astucia gritó á la vez que alzaba el mosquetón : — No lo mates, es el amigo comandante. Estas palabras y acción le hicieron poder respirar, y exclamó : — ¡ Gracias, Charro! no olvidaré que le debo la vida. — Monte en su caballo, comandante, está vd. en poder de hombres de bien, no de asesinos ni bandidos, cogió su caballo el Bulldog, y apenas acababa de montar cuando se fueron presentando el Chango y Simón cargados de lanzas, carabinas, sombreros y estirando en unión de los otros dos arrieros siete caballos ensillados, diciendo : — Siempre se nos *juyeron* cuatro ó cinco animalitos, señor amo ; ¿ qué hacemos con estos estorbos ?

— Amaren los caballos en esos árboles, y todo lo demás déjenlo ahí bien puesto junto de ese matorral, móntense en sus caballos y váyanse á ayudar á descargar. Ya empezaba á aclarar la noche, el Bulldog algo sereno le parecía aquella voz conocida, pero en vano trataba de hacer memoria, no podía saber quién era su libertador. — Presta tu negra, Pepé, dáselas al comandante para que se caliente. Sacó una botella con catalán y se la presentó al Bulldog, que sin ceremonia echó un buen trago. La luna apareció muy hermosa, fijó el comandante la atención en Astucia y exclamó : — Con razón quería yo reconocer esa voz, amigo Gaviño, pues ¿ qué anda haciendo por estos rumbos ? — Ya love, comandante, defendiendo mi carga de que me la roben, y puede agradecer á que conocí á vd. al tiempo de que lo arrojó el caballo, que si no, ya fuera alma de la otra vida, con los Hermanos de la Hoja no se juega. — Pues,

amigo Gaviño, perdone vd., yo ignoraba que vd. perteneciera á ellos, mi rencor es contra un tal Astucia que nos hace ver lumbre, es muy fanfarrón, me lo tienen los jefes recomendado, y ya se ha vuelto entre nosotros punto de honor el quitarlo de en medio. — Yo creo que es muy difícil, comandante, el amigo Astucia no se duerme en las pajas, es valiente, y á donde sepa su empeño, puede ser capaz de echarle una roncada y vd. no le completa, es hombre de pocas palabras, pero de muchos puños; si quiere tener la vida segura, amigo comandante, procure evitar el hallarse en su presencia, se lo aconsejo por su bien. — Gracias, señor Gaviño, y para darle una prueba de mi amistad, hágame favor de recibir estas pistolas de dos tiros, ya sé cuál es el camino que transita y puede estar seguro de que nadie lo acosará, yo soy amigo de los amigos. — Le estimo su favor, comandante, y para corresponderle á su regalo, hágame el gusto de usar esta yoga para que haga de mí un recuerdo, vaya á ver si recoge su gente; ahí tiene sus armas, caballos, y demás cosas reunidas por mis arrieros, nosotros de nada de eso necesitamos, y sírvale de gobierno que no somos ladrones ni asesinos, que si esquivámos combates, no es por miedo sino por no derramar la sangre de infelices asalariados, no se metan con nosotros y tendremos la fiesta en paz. — Ya se lo dije, señor Gaviño, puede vd. fiar en la palabra que le da un hombre que le debe la vida, le repito mis agradecimientos.

— Una súplica, comandante, que le alcance su generosa protección al amigo Astucia, es Hermano de la Hoja y yo le pido favor para él. — Me pide vd. una cosa muy difícil, señor Gaviño, diariamente me lo recomiendan, es un pájaro de cuenta, y ya lo dije, hay un formal empeño, se interesa el amor propio, se ha vuelto punto de honor el exterminarlo á él y á su pandilla. Confórmese vd. con lo que le he ofrecido y no me pida cosas que no estén en mi arbitrio concederle. — No insisto, pero le advierto que *el día que vd. le vea la cara á Astucia, ese será el último de su vida, comandante. Vaya con Dios.* — Puede vd. decirle, señor Gaviño, que el segundo jefe del Resguardo se ha propuesto su exterminio, y que ese día en que nos veamos las caras, será su vanidad abatida. — Todo se lo diré, comandante, pero no vaya á ser que se la cobije al revés, el diablo no se le

despega y nunca tiene las manos amarradas, con que váyase que ya mero amanece, y hasta la vista. Le tendió la mano, le dió un apretón semejante al de marras, y riéndose de verlo hacer molinillo sobre la silla, se separaron. — Maldito barbañán este, se quedó murmurando el Bulldog, ya van dos magulladas que me da; vamos á ver si junto á esos cobardes que han dejado hasta sus armas, y cuatro de á pie con sus garrotes los han bocabajado de lo lindo, esos cuatro de á pie, no traían más armas que unos palos, ¡qué vergüenza! ¡dejarse despojar de las armas y caballos! Subió la cuesta silbando y gritando hasta que pudo encontrar al muchacho clarín que abandonó el caballo y se ocultó desde que emprendieron el alcance. — Toca á reunión, grandísimo tal, le dijo lleno de cólera, queriéndole dar con la yoga que llevaba atravesada en el fuste, empezó el pobre muchacho á dar algunos destemplados cornetazos, y hasta que amaneció fueron presentándose con caras largas sus valientes. — ¡Malditos sean todos vds. por cobardes! de balde están ganando el suelo de la empresa. ¿Á dónde demonios se metieron? ¿qué se los avances, miserables? ¿conque si no hubiera sido por mí se pierde el armamento? marchen á recoger sus cosas antes que se me hinchen las narices, allí en el recodo he dejado amarrados los caballos, y junto al matorral, las armas y demás cosas; si vds. me hubieran ayudado seríamos felices, he perseguido á estos infames hasta ahuyentarlos, me he batido con el principal cabecilla; por ahí se lo llevan sus compañeros mal herido, miren la prueba que no me deja mentir, esta hermosa yoga que le he quitado de las manos al hombre. Tomó el más ladino la yoga, y alabándola exclamó: — Aquí tiene el nombre de su dueño, Angustia. — ¡Qué angustia ni qué calabazas, si tú no sabes leer! Presta, dijo otro, y cogiéndola, deletreó: — Asturia, eso es Asturia, es española, ¡ha! no, no Astucia, Astucia con todas sus letras; mire vd., mi jefe, pues de veras que se ha batido con un buen pollo, esta es la carabina de ese mentado Astucia, y si no cuando vayamos á Huamantla verá vd. cómo lo conocen más de cuatro. — Ahora siento haberlo dejado con vida, decía furioso el Bulldog; pero me dió lástima al mirarlo rendido. Y no se cansaba de ver aquel letrado que de veras le recordaba la fortuna de existir, así que reunió la mayor parte

de su fuerza en la que había varios contusos y llenos de raspones, emprendió su marcha. — Mi jefe, dijo uno de los últimos que subió, tenga la espada que estaba tirada entre unas hierbas. — Presta, presta que por quedar con las manos libres la aventé, yo con sólo mis brazos tengo, las armas me estorban, y luego reflexionando decía para sí mismo: — Ni la burla me ha perdonado ese maldito, los informes que me dieron, aquel Pepe que me iba á despachar, no es otro que el mentado Diablo, la son-guita con que intercedió por Astucia haciéndome el vinatero, no hay duda sino que Gaviño es el mismo Astucia; pues ya nos veremos, amiguito, á las tres es la vencida, la vez primera me hizo de segunda fila, ésta se ha burlado en mis bigotes; á mí no se me compra con acciones ni borbozadas, ya sé cuál es el camino que llevan y dejaría de ser quien soy, si el día que nos encontremos se escapa de mi garra, yo le enseñaré á mofarse de los hombres, á andar de perdona vidas; sus favores me enardecen, reniego de su amistad, y más que nunca, redoblaré mis esfuerzos para vengar mis agravios; su misma carabina servirá para meterle una bala, mal rayo me parta si no lo cumplo. Para realizar mis ofertas á Gaviño excusaré la cara, y cuando menos lo espere, la carabina de su amigo le dará un plumazo, pondremos en juego para Astucia, astucias, y á Gaviño una trampita para que vaya á apretarle la mano á Lucifer.

— ¿Qué tú crees en los ofrecimientos de este pillo? dijo Pepe cuando se separaron. — Tan no los creo, que ahora más que nunca debemos poner en juego las vigilancias, al verlo tan rencoroso con Astucia le dí con segunda intención la yoga para darle á entender que no me intimidan sus bravatas, y que si se me hubiera dado la gana ya estuviera en el infierno, pues no era más que le hubieras estirado los bigotes á tu carabina y asunto concluido; al leer mi nombre en el cañón se ha de haber dado á Satanás, y quién sabe á la hora de esta cuántos planes de traición irá formando. — Lo hubiéramos despachado, Lencho, y no que por tus indulgencias tenemos que andar listos. — Hombre, hubiéramos adelantado muy poco ó nada; echamos á ese hombre al infierno, y nos ponen otro que nos haga tener que estudiarlo, gastar dinero, y perder el tiempo; á éste ya lo conocemos, el Bandolón está cumpliendo bien, ¿qué

necesidad había de echarlo á roncar? — Siempre encuentras razones para mirar por esos pícaros, no parece sino que te has propuesto protegerlos. — Te equivocas, hermano, no los puedo ver, me quemán el alma, pero yo mataré un hombre ó consentiré que lo maten, cuando vea que corremos algún peligro y que de no hacerlo así puede despachar á alguno de los míos; pero estando todos en salvo matar á un demonio que viene sobre el caballo hecho una bola sin armas, y que si no cae sobre el matorral, se estrella la cabeza contra las peñas de la potreada que le dí, eso no me gusta, ya salió con bien de darse una manteada y escapó del batacazo, pues que Dios lo ayude, que nosotros no somos alevosos ni tenemos miedo. Llegaron á su jato y al otro día continuaron su camino sin novedad.

— Vamos, señor Charro acambareño, dijo Astucia, ya vimos el feliz término de las aventuras de Tacho, y te toca contarnos las tuyas. — De buena gana voy á referirlas, son muy comunes y sólo porque me causaron mil pesares, inquietudes y amargos desengaños, me entretendré en informarlos con especialidad, pues joven, sin experiencia, y afectísimo á las hijas de Eva, me dieron unas potreadas que por poco me vuelven loco, y tenía yo tal atingencia para echarlo todo á perder, que cuando recuerdo mis chascos, me río á solas de mí mismo. — En eso de hacer las cosas al revés no me has de sacar ventaja, dijo Chepe Botas, yo nací predestinado, no debía de ser hombre sino ciervo, pero no de Dios, sino del monte, de esos que se mueren de hambre atorados entre las ramas donde no caben sus hermosas cornamentas. — Ya, ya te tocará tu vez, contestó el Tapatío, ahí nos reiremos á tus costillas; ahora tiene la palabra el Charro, ya basta de introducción, vamos al grano, todavía resuellas por la herida, papacito. — No empieces con tus majaderías, Juan, porque... — Pues silencio y atención, comienza, Charrito.

Lo de mi primera edad, nada tiene de notable, apenas mal supe leer, escribir, y las cuatro reglas de cuentas, cuando me dedicó mi padre á cuidar peones y diz que á ayudarle, pero maldito de lo que le servía, abandonaba el tajo y me andaba haciendo travesuras á las clacualeras, entre las cuales no faltaban algunas inditas que me sacaban fuera de quicio, ya iba á cumplir diez y ocho años y empezaba á querer cantar como

gallo, haciéndole la rueda á cuantas miraba con trenzas y de aretes, nada tenía yo de asqueroso ni tampoco un gusto especial, sino que todas generalmente me gustaban, unas por altas, otras por bajas, por blancas, por morenas, en fin á ninguna le hacía yo el fó, y sí á todas les echaba sus flores y las perseguía con tesón, de manera que á la mayor parte de las del pueblo y rancheras vecinas las traía al retortero, tenía yo tantos enredos que al cabo me salieron á la cara, todavía no me hallaba suficiente á emprender cosas mayores, mi pretensión y relaciones no pasaban más que de amoríos vagos, cambiar prendas, cobrar celos, propiamente vender peines de boj; ya conquistó á ésta, me enojo con aquélla, con otra hago las paces, y era un verdadero laberinto el que tenía, estando en mi elemento, siempre entretenido con mis adorados perejiles; pero cátense vds. que comenzó la suerte á serme adversa, una de mis pretendidas dadas de mano con quien me enojé porque la encontré con el cajero de otra casa en conversación, desapareció repentinamente y estaba la infeliz madre hecha una loca por la pérdida de su hija, sin saber á quién echarle la culpa. Empezó á ver si había cargado con sus trapitos, y entre tanto cachivache como guardan las mujeres, se fué encontrando unos versos de mi puño y letra con mi firma, que copié de unos que le había comprado á un varillero, para darle á conocer mi pasión y lo mucho que las musas me protegían, además un anillo que en un descuidito le robé á mi madre, y tenía sus iniciales A. D. que querían decir Agustina Dorantes, las que podían fácilmente interpretarse con Alejo Delgado, y nada ments por eso tuve empeño en echarle gatazo. Sin más averiguación arrancó la señora para el juzgado, presentó aquellas prendas, confirmó sus sospechas una vecina que el día anterior me había visto salir del pueblo después de la oración, y mientras que el negocio se aclaraba libró el juez varios exhortos por distintos rumbos, y dió orden de que me apresaran; el encargado de asegurarme sabía muy bien que todos los días á ciertas horitas venía yo á ver á una jovencita que vivía frente á su casa, y que allí me estaba largo rato en amorosa conversación; excusó el trabajo de buscarme y me echó mi tanteada, precisamente era un sábado en que me mandó mi padre á cambiar dinero menudo para la raya, hice violen-

tamente mi mandato, y por no perder la costumbre me dirigí para la calle consabida; pero al torcer la esquina me atajó Miguelote [así le decían al alcaide de la cárcel], tomó las riendas del caballo á la voz de: dése por preso, mocosillo, otro que lo acompañaba guardó su bayoneta y me chispó el estribo del pie derecho haciéndome apeaar, y sin más ni más me condujeron á la cárcel, yo primero creí que era chanza y obedecí aunque con alguna repugnancia, pero nunca había tenido confianza en aquellos hombres, y así que vi que la cosa iba de veras, me la quise echar de valiente resistiéndome á marchar. — Ande, niñito, ande y no me haga que lo arree, me dijo Miguelote, yo insistí en no dar un paso, y del primer empellón que me dió me hizo besar el suelo á las cuatro ó seis varas de distancia; me paré lleno de rabia buscando una piedra ó algo con que agraviarlos, llamamos la atención de algunas personas, y tuvo aquel hombre que ocurrir á sus cariños, pues á fuerza de empellones llegué á la prisión. — Parece que se resiste, dijo uno de aquellos judíos que se alquilan diariamente para estar de centinelas. — Siempre estos rancheritos, le respondió Miguelote, la quieren echar de hombres, yo no sé á qué se atienen; que guarden este pollito en San José, no se lo vaya á comer el coco. Me introdujeron en un inmundito calabozo en donde había ocho ó diez infelices que me parecieron demonios, allá por la opaca luz que entraba por la claraboya distinguía sus semblantes macilentos, sus ojos saltones, sus mechales enmarañadas, casi desnudos; unos quejándose de hambre, otros desesperados maldiciendo, se me acercaron llenos de curiosidad y en un instante, con la mayor desfachatez me bolsaron repartiéndose llenos de gozo el dinero menudo que llevaba, mis instrumentos de sacar lumbré, navaja, pañuelo de polvos y cuanto quisieron, con tal vileza que ni un cigarro me dejaron, como á las ocho de la noche fué la orden de que se me comunicara, y me sacaron de aquel infierno para ponerme en otro peor. Un separo que no tenía cuatro varas de largo, y no llegaba á dos de ancho, sin más luz que la muy escasa que suministraba el boquete de la puerta, después de andar tentando aquellas apestosas paredes me seguí con el suelo, poco á poco, temeroso de hallar la inmundicia á que todo aquel sitio trascendía; pero por mucho

tiento con que verifiqué mi registro, no pude librarne de tocarla, retrocedí horrorizado y comencé á tropezar con otras muchas, pues teniendo poco uso aquel separo, lo habían constituido en guarda cuba donde los presos desahogaban, sacaron el barril que les servía para guardar aquel tesoro que seguramente rebo-saba de alegría, y dejaron aquella estancia regada de flores, me dió tanto asco, que no teniendo dónde ni con qué limpiarme, ni pudiendo resistir tan aromática atmósfera depuse cuanto tenía en el estómago, y con los tules de un asiento viejo de silla que andaba por allí rodando, me escupí la mano y la refregué hasta que me ardió, me arrinconé á donde me pareció más limpio sobre el asiento aquel y no pude menos que llorar mi suerte tan chaparra, ignorando el motivo de mi prisión.

No todo el dinero del cambio llevaba en las bolsas sino doce pesos, y otros tantos en cobre estaban en las arganitas de mi silla, al meterme para el primer calabozo le dije á Miguelote : Ahí vienen más de veinte pesos en mi silla, si se pierden vd. los paga, sin advertir que los medios y reales me los había echado en el chaleco. Esta advertencia le hizo registrarla y se olvidó de que lo hicieran conmigo, porque si no tal vez salvó lo que aquellos maldecidos me quitaron, vió que sólo había doce pesos y en presencia del escribiente hizo el apunte de lo que quedaba en su poder, á las ocho dadas que fué á recorrer las prisiones me dijo : — Niño, no había más que doce pesos, ya me la quería sacar con sangre, como se conoce que vd. es tamaña lanza ; conmigo no se juega. — Es verdad, Miguelote, porque la plata la traía en el chaleco, y esos bribones me han boleseado. — ¿ Quién fué, niño, dígame para castigarlo? — No sé, todos se me agruparon y por la escasa luz no les vi las caras. — Voy á echar registro, gritó á otros dos, y después de una hora volvió diciendo : — Sólo esto he encontrado. — Mi pañito y mi navaja. — Tenga su pañuelo, y ésta la juntó con las demás cosas del apunte, si me hubiera avisado con tiempo, no se pierde nada ; pero esos malditos ya gastaron ó se han tragado los medios, en dos días los he de hacer estercolar en el patio con su centinela de vista, sin darles lugar á la pepena, no se ha de decir que yo consiento á los pícaros, y yéndose precipitado no hizo caso de mis exclamaciones, me volví á sentar en mi rincón lleno de

mil tristes pensamientos, puse mi pañuelo sobre las rodillas, descansé en ellas mi frente y me venció el sueño ; como á media noche, la comezón me despertó, el asiento aquel de silla era un nido, un criadero de chinches, que con el calor de mi cuerpo se animaron y se desquitaron de su prolongado ayuno, y como hormigas se me subieron por todas partes, mi pañuelo había sido escondido en unos chirlos de frazada que andaban rodando en el calabozo por tal de que no lo encontrara el alcaide, y volvió á mí lleno de pobrecitos huérfanos tan secos y grandes como hambrientos, y ahí me tienen vds. con un hervor de sangre que el demonio me llevaba, yo me sentía con fiebre á pesar del calofrío que á cada instante me daba y el horror que me causaba quitarme á puños aquellos inmundos animales que se agrupaban para martirizarme, me desnudé completamente, por el boquete sacudía mi ropa, y era tanta mi aprensión que me parecía escuchar hasta sus pisadas, resolviéndome á estar en un pie como los gallos y continuamente con las manos en movimiento vaqueando á cuanto avechucho se proporcionaba, ¡ ah qué tarde tan amarga ! ¡ qué prima noche tan asquerosa ! y para alivio de mis males, una madrugada infernal, desesperado, muerto de hambre y sin tener ni un cigarro que chupar para entretenerla.

Al otro día vino mi padre al pueblo más temprano de lo de costumbre, y no faltó quien lo impusiera que estaba yo en la cárcel por haberme robado una muchacha, no le fué difícil creerlo, y á eso atribuyó mi falta de la casa y el no volver con los veinticuatro pesos. Se dirigió al juzgado ; pero como día de fiesta estaba cerrado, vió al juez en su casa que era su conocido, lo informó de que eran sospechas fundadas en los versos y el anillo, algo se aquietó su cólera, intercedió para que me pusieran en el paraje más distinguido, y por fin consiguió que se me retuviera en la alcaldía. Como á las diez de la mañana se me presentó Miguelote y sacándome de aquel infierno me puso en su pieza donde siquiera había unos bancos en que sentarse, se me fué presentando mi madre con una canasta con el almuerzo, hecha un mar de lágrimas abrazándome cariñosamente, á tiempo que yo en calzoncillos seguía mi pesca, pues era imposible soportar la comezón, y como los burros me refregaba las costi-

llas contra la pared. — No se me arrime, madrecita, porque la contagio, antes de comer tráigame un peine por amor de Dios, quiero agua para lavarme las manos que me apestan á demonios, ya no tengo saliva para limpiarlas, ni paciencia para sufrir esta plaga, me han asoleado, tengo fiebre, y le enseñé una multitud de animalitos que estuve echando en un cajete con meados que estaba en un rincón, salió presurosa, mi padre no quiso verme porque estaba enojado, y se sorprendió de que saliera tan pronto, lo impuse del caso; y decía recio para que lo oyeran mis hermanos los chicos: — Me alegro, me alegro, Dios castiga sin palo ni cuarta. Se habilitó de peines mi madre, me facilitó agua para lavarme, me peinó perfectamente, y en cueros vivos cobijado con unas enaguas blancas que se quitó, me quedé en cucullas devorando el almuerzo, interin la pobrecita hizo un rollo con toda mi ropa, se la dió á un indio de la guardia para que la llevara, y partió para sacudirla y espulgarla al campo raso, en donde mis hermanos diligentes le ayudaron, volvió, me vestí de limpio, me dejó un peso para que mandara traer que cenar, un zarapito de mis hermanos, y ya quedé en la gloria; al otro día lunes me llamaron á declarar.

— Se le acusa á vd., dijo el juez después de que asentaron mis generales, de haberse robado de su casa á la niña fulana de tal, ¿qué responde vd.? — Que es una calumnia. — ¿Ha tenido vd. relaciones amorosas con ella alguna vez? — Sí, señor, desde queaque, pero quebramos las tazas desde el otro antier de más allá, yo tuve mis razones. — ¿Serían tal vez muy graves? — Para mí sí, señor, soy quisquilloso y no sé de ancas, quiso jugar con dos barajas, y no podíamos estar dos gatos en un costal. — Explíquese vd. más. — Pues, señor, nos teníamos dada palabra de casamiento, de repente empezó á mirarme indiferente, fría y á cobrarme celos por cualquier cosa, y como queriendo poner el maíz á veinte reales, empecé á parar las orejas y me propuse espiarla para averiguar el motivo, pues no dejaba de darme el cabestro por las corvas, y sin mucho trabajo conseguí sorprenderla en cuchicheos con D. Felipito el cajero de la tienda grande, les eché la mula, se me quiso poner feo, nos dimos cita para esa misma tarde en el arroyo, nos juntamos allá, nos agarramos al pleito, hasta que á fuerza de moquetes

alzó escobeta y partió cacaraqueando limpiándose el chocolate, yo no volví á ver más esa niña; el Felipito se quedó con la mula, y aunque yo le devolví sus prendas y anduve con una trencita del pelo de ella amarrándole el copete á mi caballo para darle picones, no pude conseguir que me devolviera mis cosas, esto es la pura verdad, y seré un pícaro si miento.

— ¿Pero vd. puede probar que ese D. Felipito continuó con ella sus relaciones? — Sí, señor, porque en la fiesta del pueblo, me contó la molendera de la casa de esa niña, que D. Felipito se robaba de la tienda muchas cosas que le mandaba, aretes, cajas de sardinas, botellas de vino, mascadas y multitud de cosas que tenía escondidas en el temascal, y antier tarde que estuve en la tienda á cambiar el dinero para la raya no lo vi por allí, y me chocó, porque siempre que nos mirábamos me echaba algunos ribetes porque se veía detrás del palo hueco en su muladarcito, yo no más lo miraba con reconcomio y lo citaba para afuera, deseando encontrarlo algún día solito para que nos rifáramos.

En esto entró un indio con un oficio, lo leyó el juez y poniendo un semblante menos acre me dijo: — Puede agradecer á que á buen tiempo llega esta comunicación en que se me da parte de haber caído en la ratonera los prófugos, sino vd. se hubiera quedado aquí guardadito hasta que plenamente probara su inocencia, cuidado con andar dando prenditas con iniciales ni versitos bajo su firma, porque si vuelvo á tener otra queja y pone á sus honrados padres en más bochornos no está muy lejos el presidio, á donde también despacho á los valientes y decidores.

— Llámenme al señor Delgado. Salió uno de los celadores y entró mi padre, el juez le dirigió la palabra diciendo: — Llévase vd., señor Delgado, á su hijo, vigile su conducta, y si no se corrige déme aviso, que ya, ya le quitaremos la mañita de andar enamorando muchachas y darse de moquetes por ellas. Dió mi padre las gracias, recogió el anillo que muchos días atrás le sirvió también de prenda para mi madre, se recogieron mis cosas y cerca de veinte reales que ya habían sido digeridos por algunos de los que me bolsearon, cediendo mi padre á Miguelote lo que faltaba que recoger, montamos á caballo y llegamos á mi casa cerca de la oración, me llevó mi padre á la



troje, me echó un largo sermón, se presentaron dos peones, y con unas riendas nuevas de peal entrenzilladas y á calzón quitado, me dió una safacoca tan de primera, que en ocho días no pude sentarme. Este fué el merecido que tuvieron mis enredos sin comerla ni beberla; fui mártir de mis alegrías, y para que más me ardiera, se hizo tan pública esta ocurrencia que unas de celos y otras de temor me hicieron cuco. Ya comencé á ser menos alegrón y en vano traté de reconciliar amistades, todas se me demostraron esquivas. Conque ya vieron que mis primeros ensayos no me fueron poco sensibles, vamos á los segundos, en más escala y con diversas consecuencias.

Murió mi padre, quedé como mayor manejando los intereses, y todo cuanto antes estaba de sujeto y subyugado al trabajo, fui después de abandonado y paseador, me largaba al pueblo en donde tenía una punta de amiguitos, no salía del billar, jugaba diariamente cunquián, albures, rentoy y partidos de todas clases, ó si no me estaba haciéndole el oso á una doña Remedios que me vendía carísimos sus favores y me desplumaba bonítamente, tenía un tendajo muy deshabilitado que le servía para cubrir las apariencias, pues su principal comercio era prestar cuatro por cinco sobre una prendita que lo valiera por corto plazo, y si no la sacaban se perdía, estaba muy relacionada con todos mis amigotes que le hacían la olla gorda con los préstamos que diariamente les facilitaba de cuatro por cinco, sin contar lo que había estafado á algunos bisoños como yo. Era ya mujer como de treinta años ó más, pero se había empeñado en no pasar de veintidós y allí se plantó, decía que era viuda de un español que le enseñó el giro de las prendas, era liebre corrida con más agallas que un ciprés, se conservaba muy fresca, tenía bonitas facciones, era coquetona, melosa, y veterana como un demonio; muchas veces tuve ánimo de cortar relaciones, llevé á punto no ocuparla jamás en asunto de interés, y la maldita por trasmano me compraba semillas al tiempo, ganado, y cuanto yo malbarataba, y luego me hacía escupir el dinero; el prurito de que no dijeran que por mí quedaba, me hacía seguir manteniendo aquel compromiso tan costoso como degradante, y que por fin me hizo dar al traste con todos los llenos del rancho, de manera que en corto tiempo dilapidé lo

que el pobre de mi padre había juntado en muchos años de constante trabajo; naturalmente al verme sin recursos me volví de mal humor, tenía á mis hermanos en un puño, me quería decir mi madre alguna cosa ó regañarme, me le ponía mal encarado, desoía sus consejos y hacía mi voluntad, desquitando mi coraje con darles á mis pobres hermanos sus trancazos por la falta más leve, largarme de mi casa dos y tres días con mis queridos amigos y adorada Remedios á dejar cuanto llevaba, de manera que por no verme enojado, prefería mi madre dejar que derrochara cuanto había, llegó el fin de año, las cosechas apenas mal cubrieron lo que yo debía; también había dispuesto de las crías añejas, ganado horro y bueyes viejos, y ya estaba siguiendo con los útiles, una manadita emburrada supuse que del campo se la habían arreado, en fin no me alcanzó para cubrir la renta. Después de varios recados del administrador de la hacienda, y de haberse vencido varios plazos, me mandó decir que si para el domingo siguiente no había acabado de pagar la renta, se llevarían mi ganado para cubrirla, y me despojarían del rancho. Yo lo tomé á que sería una amenaza, pensaba ver si el domingo ganaba algo en unas peleas de gallos que tenía desafiadas, malbaraté una yunta revesada para tener con qué apostar, me fui muy orondo haciendo plaza sonando el dinero, me sucedió lo de siempre, perdí cuanto llevaba y otra yunta que se fué tras de la primera, hasta el otro día volví á mi casa en un charchina flaco que por interés del ribete cambié por mi caballo, y la primera noticia que me dieron fué que desde temprano se habían arreado el ganado, me puse hecho un león, remudé y arranqué para la hacienda. Estaba D. Clemente el administrador, en su despacho con algunas personas, y al verme entrar muy orgulloso á reclamarle su conducta tan exigente, me puso una cara muy seria preguntándome: — ¿Ya vienes á pagar, muchacho, los veintiocho pesos que debes de la renta? — No, señor, venía á ver cómo arreglábamos ese negocio y... — Estos negocios se arreglan como lo hacía tu difunto padre, con el dinero en la mano, jamás dió lugar en muchos años á que se le recordara su deber, ni menos á que se embargaran sus animales por trcalero; era un hombre honrado y trabajador á carta cabal, no un pillito escandaloso como tú, que estás

pisofeando sus cenizas, deshonorando su memoria, matando á tu pobre madre á pesares, y dándoles mal ejemplo á tus hermanos. Tantos años de afán para que tu familia tuviera un descanso y dejarles cuatro tlacos, ¿qué se han hecho? Todo lo has derrochado en francachelas dejando á tu misma familia en la indigencia, ¡eso es infame! ¿acaso tuviste ese ejemplo de tu padre? Eres un malvado, un asesino de tu familia, el más vil de los hombres, si no corriges tu extraviada conducta y te dedicas al trabajo, día llegará, y puede que no esté lejos, en que esos amiguitos que te han inducido al mal, te desconozcan, los hombres de bien te desprecien, y siguiendo el camino que has tomado, de crimen en crimen, des que hacer á la justicia, y un día de sol á los curiosos.

Me he tomado la libertad de hablarte con franqueza, porque tu padre fué mi amigo, y no puedo ver con indiferencia que arrastres á una pobre viuda y dos huérfanos chicos á la desgracia, si sólo tirarás lo tuyo, buen provecho en tu salud lo hallarías; ¿pero dilapidar intereses ajenos? de veras Alejo que te has lucido. Basta de sermón, si á las cuatro de la tarde no has venido con el dinero, aparto los bueyes que me parezcan y les planto el fierro de la hacienda, ¿qué dices?

— Que á las cuatro tendrá vd. aquí su dinero. — Vamos á ver si ya que has perdido cuanto tu padre trabajó, te queda algo de la vergüenza y formalidad que le sobraron. Salí de allí muy abochornado y monté á caballo diciendo para mí: — Cuánto desahago me ha dicho este viejo, valido de la amistad íntima que tuvo con mi padre; de cualquier cosa junto los veintiocho pesos, mis amigos son parejos, quemaré otra yunta si se ofrece, y en último caso, con pedirlos á Remeditos salgo del apuro; voy á traérselos luego luego y así que recoja el recibo, le contestaré á su reprimenda diciéndole: que no mire la peluca de la condesa, sino lo poco que le interesa, que consejos no pedidos los dan los entrometidos, y así con otras expresioncitas como esas le tapo el monte.

— ¡Qué lástima de joven! exclamó uno de los concurrentes en el despacho, cuando Alejo se retiró. Si existiera su padre y lo viera enredado con la mujer más prostituida é íntimo amigo de un hato de pillos, se moría de nuevo de pesar, lleva malos

pasos y no tiene remedio. — En todo lo que antes ha dicho vd. contestó D. Clemente, le concedo la razón; pero en lo último de que no tiene remedio creo que se equivoca, no lo considero irremediable, me intereso por el bien de ese muchacho y su familia, más de lo que vd. pueda suponerse; le debí á su difunto padre la vida, muchos favores y la mejor amistad, no le he perdido de vista, y con calculada meditación, he estado madurando esa perita para comérmela á dos carrillos, ó lo que es lo mismo, lo he dejado correr á su gusto para llamarle la rienda antes que agarre el freno y se le quiebren los asientos. No pierdo las esperanzas, y ahora me ha hecho afirmarme en mi propósito, el verlo salir sonrojado, en fin me he propuesto enderezar ese arbolito ó volverlo leña antes que los chicos sigan sus pasos, la experiencia sólo aprovecha en cabeza propia y los golpes hacen jinetes, ya veremos, ya veremos.

Me fui derecho para el pueblo, me encontré con mis buenos amigos haciendo en el billar torna fiesta con lo que me ganaron el día anterior, y por eso tenía por seguro que cualquiera de los que se quedaron con mi dinero me facilitara la friolera que yo necesitaba, tanto más cuanto que yo siempre había sido franco con todos y no había uno á quien no le hubiera servido en casos menos urgentes, y en más cantidad, que jamás pensaban en pagármela y yo por vanidad no les cobraba, diz que para tenerlos gratos.

Luego que llegué se pusieron muy contentos creyendo que como otras veces iba yo á la desquitanza, uno me cogió el caballo, otros salieron con los brazos abiertos á recibirme; quién me brinda lugar y baraja, uno me ofrece el taco para continuar el tuti que contra el coime estaba jugando, aquél me trae una copa de licor, en fin, ninguno se quedó sin demostrarme su aprecio, tomé el taco, se rodearon de la mesa y empezaron á apostar á mis manos armando frasca, yo no tenía ganas de jugar, el apuro de los veintiocho pesos me tenía preocupado, y para tranquilizarme quise antes asegurarlos para no tener esa inquietud, por lo que me quedé indeciso pensando cómo les manifestaría mi apuro y creyendo que, contándoles mis aflicciones tal como eran, conseguiría mi objeto más fácilmente, me resolví diciéndoles: — Silencio, silencio; callaron y se

pusieron á escucharme. — ¿Quién de todos vds. se jacta de ser mi mejor amigo? — Yo. — Y yo. — Yo también, todos, todos me respondieron. — Pues entonces, cualquiera de vds. facilíteme treinta pesos que me urgen con precisión; cualquiera de vds. me debe mucho más, no se los recuerdo por champarles mis favores ni por cobrarles, se los pago con toda formalidad, más que les dé cinco por cuatro, á pesar de que yo nunca les he prestado con logro; tengo un compromiso de honor, D. Clemente ha mandado arrear mis bueyes, y porque le debo un pico de las rentas, me ha puesto como lazo de puerco, he quedado en llevarle su dinero antes de las cuatro de la tarde de hoy mismo, y si no cumplo me tendrá por un informal, y mandará plantar el fierro á los animales que le parezcan, esto me tiene en la mayor aflicción y como á mis buenos amigos les suplico que me saquen de este apuro. Haber por fin, ¿quién me quita esta espina?

Todos enmudecieron y se miraban unos á otros sorprendidos. — En poca agua te ahogas, hermano, dijo uno de los principales en quien tenía yo más esperanzas, con que vendas por ahí dos ó tres bueyes baratitos juntas ese pico. — Es que ya está mi ganado en la hacienda y no puedo disponer de mis animales hasta que no lleve el dinero. — Pues semillas ú otras chácharas, no paso á creer, sino que tú te estás divirtiendo con nosotros; ayer has tirado más de cien pesos en un rato de gusto, no nos quieras hacer adorar al tecolote, ya sabes que somos arrancados, tú estás de broma. — No es broma, les hablo con verdad, estoy comprometido, nada de lo que me has dicho se me obscurece, y aunque tengo todavía de donde sacar eso y diez tantos más, no tengo tiempo y quiero que uno de vds. me haga este favor tan sólo por hoy, pues recogiendo mis animales, mañana mismo les pago. — Pues, chico, yo siento mucho no poder servirte, pero ya conoces que no tengo nada, soy un pobre, á ver si algun otro te saca de tu apuro. — Yo no puedo tampoco, dijo uno. — Ni yo, repitió el que lo seguía. — Yo menos, agregó el tercero, y así cada uno se fué excusando meneando la cabeza y encogiéndose de hombros. — Pues entonces, hagamos una cosa, les repliqué, cada cual apronte lo que tenga, y yo creo que entre todos se juntan los treinta pesos y aun

mucho más, á todos les pagaré sus cinco por cuatro y les agradeceré su franqueza. — Si sirve eso, respondió otro de los más truchimanos, cuenten con ello, ese es todo mi principal, y muy sarcástico arrojó sobre la mesa cosa de real y medio de cobre, causando mucha risa á todos, que se burlaban de mi compromiso, diciéndome: — Ya lo ves, Alejo, entre todos nosotros no se juntan veinte reales. — ¿Conque quiere decir que ni la burla me perdonan, que sólo han sido buenos para estafarme? dije lleno de cólera. — Adiós, adiós, contestó otro en tono de mofa, no faltaba más sino que ahora se vuelva llamón, si lo dice porque algunas veces ha perdido, quéjese á su mala suerte; pues el que sea guaje ni juegue ni camine. No me falta el dinero, mire, y sacó un puñado de pesos, pero no le pongo zumba, ya sé que de veras está arruinado y quiero ver cómo nos tizna, á otro perro con ese hueso, amiguito, somos picos largos, y no nos dejamos dar atole con el dedo.

— Son unos pícaros, les dije lleno de rabia, tirándoles con las bolas del billar y menudeando trancazos con el taco, salí para afuera á montar en mi caballo y sacar mi espada para darles muchas cuchilladas. Su contestación fué soltar unas estrepitosas carcajadas haciéndome algunos miau, miau, y cuando me dirigí espada en mano el coime cerró la puerta del billar para evitar un escándalo y ellos se salieron por el corral temiendo mi furor, pues además de ser unos pillos de primera, eran unos cobardones de marca; frustrándose mi tentativa y más sereno fuí á ver al matancero para que aunque fuera á costa de todo el ganado me prestara los treinta pesos, y antes de decirle mi negocio me preguntó: — ¿Ya vió vd. á su hermanito, D. Alejo, desde esta mañana lo anda buscando para avisarle que han arreado sus animales para la hacienda? — Sí, ya lo sé, le contesté, y quiero que me facilite treinta pesos con que rescatarlos, que mañana mismo si me hace este favor, puede ir á escoger dos bueyes de los mejores para que cerremos cuentas. — La verdad, D. Alejo, no se agravie, pero estando ya los animales embargados no me arriesgo á echar tratada, si estuvieran en su poder sería negocio allanable. — Le extenderé á vd un papel para que no crea que es una estafa. — No, amigote, dando dando pajarito va volando. — ¿Pero de cuándo acá son esas desconfian-